

JOSEFA BALCARCE, LA NIETA DE SAN MARTIN, NO CONOCIO LA ARGENTINA, PERO LA AMO ENTRAÑABLEMENTE

DIGNA DESCENDIENTE DEL LIBERTADOR, FUE CONDECORADA POR FRANCIA EN LA GUERRA DEL 14

POR JULIO RAMON GOMEZ

Hace pocos meses se cumplieron 25 años¹ de la desaparición en Francia de la última descendiente directa del Libertador: doña Josefa Balcarce de Gutiérrez Estrada.

“Pepita” - como le llamaban los íntimos- cabalgó gozosa en las rodillas de su ilustre abuelo, el gran general de América y libertador de pueblos, alegrando los días de su ocaso en tierra francesa.

Al acomodar su recio paso militar al vacilante andar de su nieta, veíasele al prócer hacer ufanos paseos con la pequeña; sonriéndole con ternura y hablándole en castellano para que tuviera así, en la gran distancia que la separaba de nuestro país, la identidad de su lenguaje.

De los relatos de su abuelo; de las evocaciones de lugares y hombres; del repaso cotidiano de la historia que él había escrito en letras de oro durante su gesta emancipadora, fue aprendiendo Pepita a querer entrañablemente nuestra tierra. Aunque francesa por nacimiento, no dejó de evocar un solo día el gran viento de la pampa que –según le contaba su abuelo- doblaba los árboles, levantaba revueltas nubes de polvo en las viejas carreteras de la patria y torcía el recto vuelo de nuestros pájaros. No quiso, sin embargo, el destino que “Pepita” primero, y luego la señora de Gutiérrez Estrada, pudiera pisar tierra argentina; no obstante ser su casa la “embajada espiritual” de nuestra patria como la definieron muchos de sus ilustres amigos.

“PEPITA”, UNA DE LAS DOS NIETAS DEL LIBERTADOR

Doña Josefa (que antes había sido para todos “Pepita”) era una dulce anciana, de ojos bondadosos, según la recuerdan quienes la conocieron en Francia ya octogenaria, poco después de la guerra mundial. Se la veneraba como una verdadera reliquia histórica; pues era entonces la única descendiente directa del general San Martín. Porque la verdad es que el

¹ Esta revista fue publicada en 1950, año del centenario del fallecimiento del Gral. José de San Martín.

prócer más preclaro de nuestra historia no cuenta hoy con descendencia. Sabido es que de su matrimonio con María de los Remedios de Escalada sólo nació una hija, la inefable Merceditas, luz de sus ojos y alivio de su ancianidad. Del casamiento de la hija del ilustre militar con don Mariano Balcarce sólo nacieron dos niñas: la primera, María de las Mercedes, falleció soltera, a los 26 años, víctima de una tisis de agudo desarrollo, y la segunda, Josefa Dominga, que se caso con Fernando Gutiérrez Estrada, no tuvo descendencia.

Ella evocaba siempre la figura ascética, severa y singular de su abuelo; recordaba el tono pausado de su voz y la dulce lejanía de sus ojos, cuando transponía la enorme distancia del mar que lo separaba de su tierra natal y hablaba con amorosa unción de “cosas pasadas.” Era “Pepita” (que murió en 1924 a los 87 años) el único vínculo viviente con el inmediato pasado de la familia sanmartiniana, y a ella acudían los peregrinos de la historia que deseaban recoger de sus labios nuevas imágenes del libertador de pueblos.

EL CASAMIENTO CON UN MEXICANO MONARQUICO

Fue, además, su ilustre abuelo quien, juntamente con su gran amigo Alejandro María Aguado – marqués de las Marismas de Guadalquivir- la inscribió personalmente, en 1837, en el registro de nacimientos de Evry-sur-Seine. En los archivos de esa pintoresca población figura la firma de San Martín al pie del acta del nacimiento de su nieta, que nunca conocería la Argentina –a pesar de que sus padres hicieron un rápido viaje que resultó accidentado y dramático. Los azares de la fortuna tornaron cada vez más improbable su viaje al Plata y marcaron, además, un rumbo singularmente extraño a su vida. Se ha dicho con verdad que la historia de los seres suele tener una dimensión de paradoja que los contrapone a su destino. Tal es el caso de esta nieta de San Martín, padre de la libertad de América, que se casó con un caballero mexicano, de exaltadas convicciones monárquicas, y tuvo activa participación en el movimiento que colocó en el trono de los aztecas al archiduque Maximiliano de Austria. En esto el destino fue casi similar al del propio Libertador, que después de afianzar la libertad de tres países y desterrar el dominio de España en ellos, tuvo que acogerse en sus horas tristes a la fraterna ayuda que le prestó Aguado, su fiel amigo español.

UN GRAN CORAZON Y ESPIRITU CRISTIANO

Acaso convenga también recordar aquí que la nieta de San Martín, esposa del que llegó a ser embajador de México ante la corte de Napoleón III, destacó su austera línea de conducta (sin perder por ello su gracioso ademán femenino), en los jardines de las Tullerías, que veían pasar la estela de Eugenia de Montijo.

Vive en un colegio religioso, situado en la porteñísima calle Uruguay, una dilecta amiga y casi pariente de la entrañable nieta del Libertador. Nos referimos a Florencia Lanús Terrero, quien hasta poco antes de 1924 recibía cartas firmadas desde Brunoy, en Francia, con la cariñosísima firma: “Tía Josefa”.

San Martín y Remedios de Escalada eran tíos segundos de la abuela de Florencia Lanús, la distinguida dama doña María Gertrudis de Escalada de Terrero. Florencia evoca con frecuencia (y lo ha hecho también en un opúsculo reciente) la venerada figura de la nieta de San Martín, que le enviaba cartas con “cariñosos abrazos de su vieja tía Josefa”.

Recuerda, en efecto, la intensidad del interés que tenía la anciana por la Argentina.

No sólo era éste de carácter histórico y social, sino que hasta en cierto aspecto de la vida doméstica le acuciaba una gran curiosidad por Buenos Aires. Cuenta que un día que estaba comiendo en casa de “tía Josefa” un exquisito dulce de leche le preguntó a Florencia: “Dime la

Vivió en el culto de la memoria de su ilustre abuelo y en el ejercicio constante de la caridad. Su cuantiosa fortuna le permitió repartir el bien a manos llenas. Y fue así como mantuvo hospitales en Francia y protegió a humildes indígenas argentinos en sus hermosas residencias de la Ciudad Luz. La antigua casa en que nació su abuela Remedios Escalada, en la esquina de San Martín y Cangallo, fue donada por ella al Patronato de la Infancia de Buenos Aires, según cláusula expresa de su testamento, fechado el 27 de enero de 1921. Muchos de los objetos que figuran en nuestro Museo Histórico Nacional fueron donados por ella. Jamás estuvo en nuestro país, no obstante amarlo entrañablemente y vivir muy vinculada a nuestra sociedad. Sus costumbres, además, eran bien criollas. Gustaba frecuentemente nuestros platos nacionales. Y se envanecía de su ascendencia argentina y de su sangre prócer.

pura verdad: ¿es igual al que se hace en Buenos Aires”? (También se comían allí succulentas carbonadas y fragantes humitas servidas por mucamos franceses y preparadas por cocineros gascones).

La ex embajadora mexicana en la corte de Napoleón III tenía una gran cultura y poseía varios idiomas (griego, latín, italiano, español, inglés y alemán). Por supuesto que, como buena francesa, hablaba en forma exquisita el idioma nacional.

“Hablaban con nosotros –recuerda Florencia Lanús- un “argentino correcto”, sin “vos” ni “che”; pero sin pronunciar tampoco la “c” y la “z”, tan diferenciada por los españoles. Conocía, además, la actualidad argentina mucho mejor que algunos de los argentinos radicados en su propia tierra.

Mantén un culto permanente por la memoria de su ilustre abuelo: reverenciaba en su casa los muebles del dormitorio de San Martín, dispuestos como lo usaba “el abuelo”. (Estos muebles los envió después a Monseñor Terrero, quien a su muerte los legó a los museos). Tenía un gran corazón y

espíritu cristiano. Hizo muchas donaciones en nuestro país de bienes que le pertenecían por parte de los Balcarce y dedicó sus fondos franceses para hacer obras de bien. Sostenía el hospital y asilo de Brunoy. Allí se alojaban (bien cuidados y vestidos) los ancianos indigentes. Para ampliar los jardines, darle a los viejecitos más sombra y, sobre todo, inundar sus ojos cansados con la policromía floral de la primavera francesa, adquirió muchas varas de tierra de los terrenos contiguos al asilo.

Recuerda Florencia Lanús que la actuación de la nieta del Gran General durante la guerra del 14 fue digna de su estirpe, y habría enorgullecido al prócer de la gesta libertadora americana.

Para poder cuidar enfermos (otra manifestación de su espíritu piadoso) había seguido muchos años antes cursos de enfermera. Cuando el gobierno francés impartió la orden de evacuar París y algunos alrededores, por el temor de una invasión alemana (que los tristes sucesos de la guerra permitían vaticinar), doña Josefa Balcarce de Gutiérrez Estrada no quiso abandonarlo. Hizo llegar al sur de Francia a los enfermos de su hospital que podían ser trasladados. A los ancianos de su asilo y a las hermanas de caridad que cuidaban de ellos, también los hizo evacuar hacia lugares más seguros y destinó los edificios de Brunoy a los heridos de guerra, que ella misma atendía en persona. Este espíritu heroico y generoso al propio tiempo fue premiado con una condecoración por el gobierno francés. El digno gesto y la hermosa herencia sanmartiniana fueron implícitamente reconocidos por esa medalla.

Muchas otras anécdotas relata Florencia Lanús, que trasuntan la bondad y el espíritu caritativo de su “vieja tía Josefa”. Recuerda que tenía un lindo automóvil, cuyos asientos delanteros ocupaban el chófer y su lacayo (según el estilo de aquella época, trasunto de los viejos vehículos a sangre). No necesitaba ya su coche laqueado; pero para no despedir a su antiguo cochero, que estaba, por lo demás, encantado de seguir a su servicio, conservaba dos magníficas yuntas de caballos que habían dado fama a su marido (envidiado por sus troncos y soberbios carruajes).

“Pero su caridad –cuenta Florencia, en su librito “Tradición Familiar en Lenguaje Familiar”- no se limitaba sólo con el prójimo. Tenía un perro de raza Daschund (llamado aquí perro salchicha) de nombre “Clainer”. Lo quería mucho y lo tenía muy mimado. Un día frío de otoño se metió en una de las fuentes del jardín; como son perros con patas muy cortas, no pueden nadar, y “Pepita” no esperó llamar a nadie, sino que se metió ella misma en la fuente para salvarlo. Propensa a resfríos como era, pescó una buena bronquitis.”

Otra de las evocaciones que hace de la nieta predilecta de San Martín es ésta: Era “Pepita” de un corazón y una caridad inmensos.

Tenía una vitalidad, diligencia y agilidad asombrosas. A todos nos asombraba la recia estirpe de esta mujer, que en la ancianidad tenía movimientos y un paso de eterna juventud. Era muy reservada para juzgar los sentimientos que en cierto momento había despertado la figura de su ilustre abuelo en la Argentina. Recuerda precisamente Florencia Lanús que cuando le declaró, hace ya muchísimos años, cuánto se quería a San Martín, su “tía Josefa” le dijo asíéndola de las manos y con acento apasionado:

“Para mí, lo más que pueda hacerse por Tatita (así lo llamaba a su abuelo) está hecho. Es la historia que ha escrito Bartolomé Mitre y que él mismo me trajo, No pido más.”

CARTA AL GENERAL MITRE

Rué de Berlín Nº 5

Paris, 29 de Mayo de 1885

Excelentísimo Gral. Don Bartolomé Mitre

Buenos Ayres

Mi muy respetado Señor General:

De acuerdo con las intenciones que varias veces me expresó mi amado Padre, y siguiendo el propio impulso de mi corazón, remito a usted por el Vapor "Uruguay" de la línea de los "Chargeurs Reunis" que saldrá del Havre para esa el 1º de Junio, un cajón marcado M.B.-I, conteniendo todos los papeles, cartas y documentos diversos de mi Abuelo el General Don José de San Martín, que he hallado entre los de mi finado Padre.

Grande ciertamente ha sido mi perplejidad, no habiéndome mi Papá dejado ninguna indicación o instrucción especial al efecto e ignorando yo si cuanto remito a usted es o no de interés y debiera ver la luz.

Toda vez segura de que usted, mi querido General, que tanto ha contribuido ya a enaltecer la memoria de mi Abuelo hará, con ese mismo fin al mejor uso de esos documentos, no trepido en confiárselos, dejando a su alto discernimiento y tacto decidir los que fueren de verdadera utilidad para la historia y los que debieren destruirse.

Únicamente pediré a usted que después de haberlos utilizado para sus importantes trabajos históricos, se sirva disponer sean entregados un día, según me propongo yo también hacerlo con las medallas y demás reliquias históricas de mi Abuelo, que destino a ese museo Nacional.

Al participarle este envío, me es muy grato, Señor General, expresarle los sentimientos de profundo respeto y estimación hacia su persona que mi marido y yo hemos heredado de nuestro amado Padre. Le rogamos nos continúe aquellos tan benévolos que siempre dispensó usted a este último, los que tantas veces le sirvieron de consuelo y satisfacción en su larga carrera oficial empeñando su gratitud como empeñan la de sus hijos. Con este motivo me repito de usted muy adicta Amiga y Servidora.

Josefa Balcarce y San Martín
de Gutiérrez Estrada

LA RESPUESTA DEL GENERAL

Buenos Aires, 23 de junio de 1889.

Distinguida señora y Amiga:

Don Pascual Costa, a quien me permito recomendarle, le entregará el primer ejemplar que sale de mis manos de la Historia de San Martín y de la Emancipación Americana. Es el homenaje que ofrezco a la descendiente del ilustre nombre de San Martín y Balcarce, cuyos gloriosos hechos están conmemorados en ese libro.

Quiera usted aceptarlo como el debido homenaje a la gloria de su inmortal abuelo, con mis votos por su felicidad y la de todos los suyos.

BARTOLOME MITRE

Artículo publicado en una revista de 1950 en homenaje al centenario del fallecimiento del Padre de la Patria.

